

María Fernández
de Tinoco

Nos sentimos orgullosos. [Cuánta ingenuidad! Porque casi no tenemos, los costarricenses, ese lastre étnico formado por la raza indígena. Desaparecieron, casi, todas las gentes que poblaron, con una franca actitud ante los problemas del espíritu, las diversas regiones del país.

La suponemos de una absoluta incapacidad intelectual, no les concedemos talento alguno. Negamos que existieran, entre ellas, principios de la ética más rudimentaria. Afirmamos que no supieron dominar el espacio, porque no lograron vencer las distancias aun cuando el tiempo veloz no les ocultó los secretos.

Y somos injustos al alentar esos pensamientos sacrílegos. Recordemos el arte indígena -cerámico, lítico o áurico- que necesita en todo lo suyo los indios pusieron mucho de la propia alma mística.

El indio nuestro, como todos los de su misma raza, era y es solemne en cada momento de su existencia. Hasta en sus danzas simbólicas aparece esa solemnidad cuyas raíces son profundas.

Hay en él reserva absoluta, castidad a toda prueba. Es sobrio hasta la exageración.

Algunos consideran esa tendencia a la magia que se observa en los indios, como miedo pánico a lo que no comprende. Por lo contrario, debe pensarse que es simplemente un impuso anímico que ha de facilitarles la explicación de cuanto les parece sobrenatural. En realidad, la magia en el indio costarricense, no es sino animismo. Sus dioses son el alma de que ellos mismos dotan a cada uno de los elementos

de la naturaleza, a cada uno de los objetos que, aquí y allá, encierran como disgregados, pero que saben formar parte de un único conjunto armónico.

Hubo, en la época legendaria de la conquista, un choque entre esa magia del indio y lógica, más que elemental, a veces errada, del español. De ese choque íntimo surge, en el autóctono, el silencio voluntario ante todo y ante todos. La actitud hierática de la que no logran apartarlo ni los conflictos humanos no las furias desencadenadas de los elementos.

En el alma del costarricense, la contribución valiosa del espíritu indio se hundió en los más recónditos pliegues de la subconsciencia para darle fuerza y vida a los poderes sobrenaturales allí refugiados.

Lo europeo, en nosotros, piensa. Lo indígena, en nuestras acciones, dirige con discreción, sin los alardes que, en cada soldado de la conquista, se evidenciaba en todo momento. El indio es reservado, como lo es nuestro campesino. Callan sus penas. Busca, en el misterio de sus secretos mágicos, la manera de hacerlas más llevaderas si no logra eliminarlas. Lo que de europeos mediterráneos tenemos nos obliga a gritar nuestras admisiones congresos de excesiva violencia. A levantar la voz para que no nos olviden. Del indio heredamos lo que silencia nuestros anhelos. Lo que ahoga nuestros dolores en la plegaria que apenas florece, como con miedo, en los labios temblorosos que creen y que esperan.

El indio no conoce la procacidad en el gesto ni en la palabra. Parece adaptarse a las condiciones externas que se le ofrecen. Allá, en lo íntimo, hierve la protesta. Cada conquistador adivina en su propia alma las capacidades de un dirigente de muchedumbres. El indio busca en su más interno yo quien lo oriente, aun cuando promete obediencia a un cacique, símbolo vivo de lo que en su intimidad alienta cada miembro de la tribu.

Para el europeo nada es tabú. Para el indio todo es intocable. Lleva el espíritu saturado de un respeto sin límite hacia lo que no es él y hacia lo que no es suyo. Eso explica muchas de las constantes contradicciones que se observan en la conducta diaria del costarricense.

En lo que ambos se hermanan es un desprecio sincero por la vida. El uno, el mediterráneo, busca el instante de mayor exhibición para ceder a en aras de un ideal que, talvez, no tiene valor alguno. El otro, el hijo de las selvas milenarias, hace el sacrificio de su existencia en la sombra. Sin buscar el espectáculo inútil, sin esperar alabanza alguna de nadie.

Hubo, en Costa Rica, tres culturas aborígenes: la chorotega, en el occidente extremo; la huetar, en el centro la brunca en las regiones meridionales. Muchas características las diferencian. Fundamentales las que se refieren a las actividades que dan desahogo a la tendencias artísticas. En la una predomina el arte lítico; en la otra, el cerámico y en la última, el áurico. En los objetos de piedra, de barro La de oro se evidencia una interesante cultura primitiva. La hemos heredado, en proporciones variables, los descendientes de aquellos bravos defensores de sus tierras, holladas por hombres que les parecieron dioses. Así los vieron concediendo la vida. Dando la muerte. Haciendo el bien. Labrando el mal. Desde muy lejos y desde muy cerca.

El indio, fuente de muchas de nuestras cualidades y de bastantes de nuestros defectos, ha sido olvidado por casi todos los escritores nacionales. Muy pocos volvieron su mirada de artistas hacia aquella gente maravillosa. Muy pocos nos han hablado de sus angustias y de sus esperanzas de las que supieran obtener obras de arte perenne.

Entre los evocadores del alma indígena debemos citar, en primer término, a María Fernández de Tinoco. Dedicó sus dos únicas novelas Zulai y Yontá a describir escenas que se desarrollaron en la lejanía del tiempo y en las que participaron espíritus de aquellas selectas poblaciones primitivas.

Zulai es una deliciosa evocación del alma indígena costarricense. El jefe de valor a toda prueba, Kaurki, ha muerto. El colmillo venenoso de una serpiente traidora dio fin a las crueldades ya la gallardía del cacique venenoso por la tribu entera.

Hace apenas ocho días, Zulai, la doncella de ojos oscuros y luminosos, era feliz al amparo de su madre adorada, mamita Guaré. El cacique codiciaba aquel cuerpo armonioso aun a sabiendas de que ella sentía repulsión profunda hacia el indio de ojos amarillentos, de pómulos pronunciados, de cabeza achatada. Signos de una perversidad que, aun queriéndolo, no logra ocultarse.

Para vencer la resistencia de Zulai, el jefe Kaurki solicita el apoyo de los espíritus ocultos de la raza. Logra que los malvados se posesionen del alma de la dulce Madrecita Guaré. Para librarla de aquel maléfico, hay solamente un camino. Que la caprichosa cervatilla se torne en mansa paloma. Se convierte, voluntariamente, en esposa del jefe ingrato. La buena hija acepta aquella amarga realidad.

Hay fiestitas reales en el palenque. Zulai es reina. Pero la serpiente venenosa, al dar muerte a Kauki, impide que se consuma, hasta lo indecible, el sacrificio de la encantadora doncella.

Ivdo, el indio de corazón de oro, ama a Zulai. De ella logra ser correspondido. Pero, el dolor la persigue. Con ella ignora equilibrar su belleza y su generosidad. El heredero del trono indio, Izuma, la busca por la selva en donde supone que se haya escondido al amparo de la nobleza de Ivdo. Jura que ha de hacer que pague, bien cara su osadía, el atrevido aventurero que, como una serpiente astuta, se cruza en su camino. No es vano se turban las aguas de los ensueños de amor de aquel cacique.

Muere Ivdo, acorralado por las huestes reales. Zulai es conducida, en brazos de un desmayo piadoso, al palenque. Debe asistir a la fiesta de los huesos que ha de llevar la paz eterna al espíritu, no lejano, de Kaurki.

Surge, en el ara de los sacrificios, la llama serpeante que, como el amor, acaricia al mismo tiempo que consume.

La quejumbrosa orquesta, de tambores, caramillo y quijongos, acompaña los gestos locos de los guerreros y de las bailarinas. Cuando la chicha evocadora de paraísos artificiales, ha comenzado a hacer sus efectos, la danza se detiene. Es el momento supremo. El sacrificio de las esposas de Kaurki. Desfila Quetzalia, triste, majestuosa como lo es el ave cuyo nombre recuerda. La sigue Guaraina, la menor de todas, la que enseñó a sus hijos.